

Cómo nació “El Informe Müller”

Antonio Manzanera

La novela “El Informe Müller” tiene dos padres. El primero por orden cronológico es George W. Bush, presidente de los Estados Unidos entre 2001 y 2009. Apenas cuatro meses después de jurar su cargo, y en aplicación de la Ley de divulgación de crímenes de guerra nazis, Bush desclasificó entre otros el dossier de la CIA dedicado al jefe de la Gestapo Heinrich Müller. Era la primera vez en la historia que un gobierno de los países vencedores de la Segunda Guerra Mundial abría sus archivos sobre Gestapo Müller.

A pesar de haberlo intentado, no he podido tener acceso al informe como tal, pero sí al comentario que sobre él realizaron unos investigadores. Ese documento lo he traducido y aparece entre los materiales adicionales de la novela.

Según la información a la que he tenido acceso a través de tal investigación, la CIA nunca localizó, contactó ni trabajó con Heinrich Müller. El servicio de inteligencia estadounidense afirma desconocer por completo la suerte que pudo correr el jefe de la Gestapo más allá del primero de mayo de 1945.

Pero no fue eso lo que más me llamó la atención del informe de la CIA. Hubo otros dos datos que me intrigaron. El primero, la propia presencia de Müller en Berlín durante unos días en los que la capital del Tercer Reich se había convertido en una ratonera sitiada por los soviéticos. Ni las oficinas de la Gestapo (trasladadas a Baviera), ni los subordinados de Müller, ni sus inmediatos superiores se encontraban aquellos días en Berlín. ¿Qué hacía allí el jefe de la Gestapo? La CIA también se hizo aquella pregunta, pero fue incapaz de llegar a ninguna conclusión. A todo lo que llegó el servicio de inteligencia estadounidense fue a reconocer que debía haber una poderosa razón que justificase la presencia de Müller en Berlín aquellos días, pero que tal razón era desconocida.

Más tarde encontró una posible explicación de la estancia de Heinrich Müller en el búnker de la Cancillería de Berlín a finales de abril de 1945. Fue en el libro de Charles Whiting, “*The search for Gestapo Müller*”. En él, Whiting afirma que Müller y su jefe Kaltenbrunner acudieron a la capital en respuesta a una llamada de Hitler con la misión de encontrar un presunto espía que transmitía información a los soviéticos desde el

mismo cuartel general del Führer. He incluido esa explicación en mi novela para justificar el viaje de Müller a Berlín, si bien en mi historia éste tenía en realidad otra finalidad: pasarse a lado soviético dándoles a cambio de su protección los papeles secretos del servicio de seguridad alemán (RSHA) que los aliados angloamericanos nunca consiguieron encontrar.

Hubo un segundo aspecto del dossier de la CIA que me llamó la atención: la presencia junto a Müller en Berlín de un misterioso personaje llamado Christian Scholz. De Scholz no sólo se desconoce su paradero, sino también su identidad real. Según la CIA era un operador de radio de la Gestapo, si bien no he conseguido encontrar en ningún lado información alguna sobre tal persona.

Dado que el dossier de la CIA se realizó a partir de los interrogatorios que los agentes estadounidenses realizaron a prisioneros y antiguos miembros del entorno personal de Hitler, es de suponer que el nombre de Scholz salió en alguna de estas conversaciones. ¿En cuál de ellas? No lo sabemos.

De entre los colaboradores de Müller que cayeron en manos estadounidenses, los principales fueron su jefe Kaltenbrunner y Walter Schellenberg, el jefe de servicio de espionaje en el exterior de las SS. Kaltenbrunner fue juzgado y ahorcado en Núremberg. He leído con atención la deposición de Kaltenbrunner en Núremberg, así como los interrogatorios a los que fue sometido, sin encontrar mención a alguna a Christian Scholz.

Por su parte, Walter Schellenberg publicó sus memorias y en ellas hizo varias referencias a Müller, pero nada referido a su viaje a Berlín durante los últimos días de la guerra ni tampoco a ese misterioso Scholz. Lo mismo cabe decir de los otros alemanes que estuvieron en el búnker y escribieron sus memorias después de la guerra, como Linge, Junge, Misch, Kempka o Freytag von Loringhoven. Tampoco ninguno de los principales historiadores de la última etapa del Tercer Reich, como Trevor-Roper, O'Donnell, Fest o Beevor menciona en ningún momento de Scholz. La única referencia que existe sobre el personaje es la que proporciona el dossier de la CIA sobre Müller.

Todo era muy misterioso. Parecía material para una novela de espionaje y la idea me empezó a rondar la cabeza, pero me faltaba algo que terminase de ligar la trama. La chispa final me llegó durante aquellos meses.

Dije al principio que mi novela tenía dos padres. El segundo es Dmitri Medvédev, presidente de Rusia entre 2008 y 2012. Medvédev aprobó en 2009 la apertura a los investigadores por primera vez del Archivo del Estado Ruso, e inmediatamente llovieron las solicitudes de distintas Universidades de todo el mundo para consultar sus fondos. Entre ellas las de un equipo de antropólogos de la Universidad de Connecticut.

En el Archivo del Estado Ruso se conservaba desde hacía décadas un fragmento de cráneo humano encontrado en el jardín de la Cancillería de Berlín y atribuido a Adolf Hitler. Los investigadores de Connecticut solicitaron estudiar esos restos.

La investigación de la muerte de Hitler que realizaron los soviéticos en 1945 fue un completo misterio hasta diez años después, cuando empezaron a llegar los primeros prisioneros de guerra alemanes de la URSS y contaron lo que sabían sobre los trabajos del servicio de inteligencia ruso en Berlín. Tales presos explicaron cómo los soviéticos desenterraron el cadáver de Hitler, el de Eva Braun y el del matrimonio Goebbels. El destino final de aquellos restos no lo conocían.

La publicación del libro de Petrova y Watson, “*The Death of Hitler: The Full Story with New Evidence from Secret Russian Archives*”, arrojó algo más de luz sobre la cuestión. Por lo visto el cadáver de Hitler fue enterrado y olvidado durante un tiempo. Años después se exhumó y dispuso de él arrojándolo a un canal o una alcantarilla. Se conservó un fragmento de cráneo con un agujero de bala que se creyó que había acabado con la vida de Hitler.

Tal fragmento fue analizado por el equipo de antropólogos de Connecticut en 2009. Los resultados los análisis de ADN no dejaron lugar a dudas: aquellos restos no eran de varón, sino de mujer, una mujer joven.

La noticia dio la vuelta al mundo, y el gobierno ruso se apresuró a desmentirla. El equipo de arqueólogos participó en un documental emitido por vez primera en *History Channel* en el que explicó las dificultades que las autoridades rusas pusieron a su trabajo (redujeron el tiempo de acceso a los restos y después de no pocas complicaciones).

Seguramente el trozo de cráneo es de una mujer, pero a mi juicio esto no es de extrañar. En el jardín de la cancillería se enterró a decenas de cadáveres en la primavera del 45 y posiblemente los investigadores soviéticos tomaron como perteneciente a Hitler un trozo de hueso de mujer. No hay que olvidar que la investigación soviética avanzó a

trompicones según iba cambiando Stalin de idea. El dictador soviético empezó queriendo encontrar a Hitler lo antes posible, luego cambió de idea al comprender que un Hitler vivo le servía para justificar su presencia en los países de Europa del Este. Hubo idas y venidas de agentes soviéticos desenterrando restos del jardín y sabemos que el trozo de cráneo fue encontrado meses después del cuerpo atribuido a Hitler.

Hugh Trevor-Roper mencionó en el prólogo a la edición de 1956 de “Los últimos días de Hitler” que una de las versiones que escuchó en Berlín en 1945 era que el Führer había sido asesinado por unos oficiales alemanes en el Tiergarten, a unos cien o doscientos metros de la Cancillería. La noticia no parecía interesante, pero lo que para mí sí lo era fue la fecha del anuncio de Trevor-Roper: 1956. ¿Por qué lo dijo entonces y no en el momento de publicar su libro diez años antes?

El fino hilo de la ficción tejió la tela de araña histórica que envolvía todos aquellos hechos y entre septiembre de 2010 y febrero de 2011 se convirtieron en “El Informe Müller”.